

Anuario de Espacios Urbanos
Historia • Cultura • Diseño, 1997

Urbanización y desarrollo regional

en el noreste mexicano, siglos XVI-XIX

Juan Ortiz Escamilla
Universidad Veracruzana



A principios del siglo XIX en el noreste mexicano la cultura ibérica no había logrado penetrar en sus estructuras económicas, políticas y sociales como había ocurrido en las provincias de la Nueva España y en algunas del noroeste. ¿A qué se debía este atraso? ¿Por qué a pesar de casi tres siglos de presencia española en el norte no se había logrado conquistar con éxito estos territorios? En 1795 Félix María Calleja aseguraba que el atraso se debía en gran medida a la incapacidad de los habitantes para formar verdaderos centros urbanos que regularan sus actividades.

Calleja concebía a los espacios urbanos no solo como la concentración de población, sino también como la sede de los poderes político-administrativos y de las fuerzas militares, como centro económico con capacidad para extender su fuerza en toda la provincia y como núcleo capaz de modificar las primitivas costumbres de los habitantes. Para lograr este propósito, Calleja insistía en que había que regular el régimen de propiedad de la tierra, arraigar a los habitantes, abrir un puerto marítimo, fomentar las artes y oficios e imponer una traza urbana que no existía. En síntesis, había que introducir todos estos elementos que en cierta forma definían un espacio urbano.

Mientras que en la parte mesoamericana los españoles lograron establecer de manera relativamente fácil su modelo de urbanización en las poblaciones indígenas sedentarias (y en las de nueva creación) debido a la existencia de verdaderos centros urbanos prehispánicos (con sociedades organizadas desde un punto de vista económico, político y social),¹ en el noreste la situación fue totalmente distinta pues no existían tales precedentes. Por ejemplo, en la colonia del Nuevo Santander (luego estado de Tamaulipas) hasta bien entrado el siglo XIX no existieron instituciones ni organización política con

1. Según Bernardo García Martínez, "El poblamiento prehispánico, entendido como un conjunto preexistente de realidades demográficas, económicas, sociales espaciales y ecológicas, se transformó profundamente, pero no desapareció, al iniciarse la época colonial [...] se introdujo un nuevo conjunto de realidades que se expresó en otro poblamiento diferente, que en parte desplazó al preexistente y en parte se fundió o cambió con él". García Martínez (1993), p. 14. Cf. García Castro (1993), pp. 133 y 139.

un orden jurídico, con prácticas sociales al estilo moderno y con redes comerciales y de intercambio. Durante todo el periodo virreinal los habitantes de esta región no se apegaron a la tradición española del "asentamiento estable y ordenado" definido por Bernardo García,² sino a distintos patrones de comportamiento y de relaciones entre sí, que a lo largo de este trabajo trataremos de analizar.

Desde sus orígenes la ocupación de los territorios del Seno Mexicano o Nueva Santander se concibió, no como una colonización tradicional, sino como empresas ganaderas que de esa forma funcionaron; aun cuando hubo pequeños asentamientos de españoles e indígenas sedentarios procedentes del centro de la Nueva España, no lograron arraigarse en ellos debido a la guerra despiadada que les hicieron los nativos que desde tiempos inmemoriales ocupaban esas tierras, que vivían como recolectores-cazadores y quienes durante varias centurias impusieron su particular estilo de vida: el de cambiar de residencia de acuerdo con su forma de medir el tiempo aprendida por la experiencia y cada vez que las condiciones les eran adversas. Así, la formación de centros urbanos, que era una propuesta hispánica y no de los indígenas locales, quedó supeditada al particular estilo de vida de los antiguos habitantes; los nuevos colonos, que no lograron establecerse de manera definitiva en un solo lugar, tuvieron que comportarse de acuerdo con la tradición local. Las poblaciones enteras emigraban de un lugar a otro.

Este fenómeno no se dio por ejemplo en el noroeste donde varios factores influyeron en la consolidación de espacios urbanos. Uno fue la preexis-

tencia de la ciudad indígena de Culiacán, que sirvió de punto de partida para que el conquistador Nuño de Guzmán organizara las distintas expediciones que más tarde darían lugar al establecimiento de nuevos centros de población. Durante mucho tiempo Culiacán se convirtió en la frontera del dominio español. Otro elemento importante fue el descubrimiento de los minerales de El Rosario y Álamos lo que permitió la circulación de mercancías y de gente, así como la existencia del puerto natural de Mazatlán. Hacia 1591, los asentamientos españoles se incrementaron con la presencia de los jesuitas quienes fundaron misiones y establecieron haciendas de beneficio. Según Marco Antonio Landavazo, con los jesuitas "llegó a la región seguridad, alimentos y mano de obra, es decir, condiciones favorables para el asentamiento de colonos españoles".³ Tal parece que el desarrollo de los reales mineros hicieron rentables no solo a las haciendas de beneficio, sino que las misiones y los presidios también fueron factores que permitieron la permanencia más o menos estable de núcleos de población.

Se presenta en el caso de Chihuahua población escasa y dispersa de carácter nómada de sus habitantes, con inexistencia de una vida urbana y con una fuerte oposición de los naturales a la presencia española, situación similar encontramos en las provincias de Sinaloa y Sonora. Los centros mineros como Parral y Santa Eulalia también dieron lugar a la formación de centros urbanos, redes comerciales así como al flujo de un número considerable de personas.⁴

Desde el siglo xvi, las provincias del norte se convirtieron en un territorio en disputa, primero entre

los indígenas nativos y los colonos españoles y, a partir del siglo xviii, entre éstos y los grupos de apaches y comanches expulsados por los ingleses, los colonos angloamericanos y los franceses. En 1795, Calleja aseguraba que el futuro de las provincias del norte dependería del incremento de la población y sería su más segura y sólida defensa; que la "nación" que lograra unir mejor la condición de soldado con la de ciudadano en una misma persona "tendrá toda la ventaja, extenderá su religión, costumbres e idioma y prosperarán las ciencias, artes, industria y comercio".⁵ La historia le daría la razón, porque fue exactamente lo que hicieron los colonos norteamericanos cuando comenzaron a ocupar los territorios de Texas.

En el desarrollo de este trabajo se analizarán las causas que impidieron la formación de centros urbanos en el noreste y de la necesidad que tenía la Colonia de consolidarlos para lograr el desarrollo de la región y de esta manera asegurar su dominio sobre estos territorios.

1. Los primeros asentamientos de españoles

Como ya se mencionó con anterioridad, desde el inicio de la conquista los centros de población indígena sirvieron de puntos de avanzada para ampliar las conquistas españolas. Desde 1518, año en que se sometió al pueblo de Pánuco, ubicado en el Golfo de México, se pensó en organizar desde este lugar las expediciones que conquistarían desde el Seno Mexicano hasta las Floridas; sin embargo, con

estos intentos apenas lograron establecerse en puntos periféricos como Valles, Charcas y Guadalcázar.⁶ Desde estas poblaciones se organizaron un sinnúmero de expediciones con el fin de conquistar el noreste y todas fracasaron debido a la furia y belicosidad con que los indígenas defendieron su derecho a habitar en estos territorios.

Para los españoles resultó una tarea muy difícil imponer sus costumbres, muy extrañas para a estos grupos de indígenas que no vivían en comunidades sedentarias, que no tenía un lugar de residencia fijo, que se encontraban dispersos en un territorio muy amplio y que de manera cotidiana hacían grandes recorridos en busca de comida. No tenían interés en establecerse en un solo lugar de manera definitiva. Desde principios del siglo xvi los españoles trataron de arraigarlos por medio de las "congregas" y de esta manera imponerles una cultura totalmente ajena a su estilo de vida; pero los indígenas siempre escurridizos se rebelaron, y desde entonces le declararon la guerra a los conquistadores quienes a su vez los trataron como esclavos.⁷ Fue así como todos los intentos de colonización española fracasaron en el Seno Mexicano.

A diferencia de lo que ocurrió en el noroeste, que por medio de la religión los españoles obtuvieron escasos resultados en sus primeros intentos. Los pueblos fundados con esfuerzo tanto de agustinos como de franciscanos al poco tiempo desaparecían con mucha facilidad,⁸ porque los indígenas no tenían interés en permanecer en un solo lugar, donde se les obligaba a trabajar en actividades que

2. García (1993), p. 175.

3. Landavazo (1995), pp. 20-21. Según Nancy Farriss, con la expulsión

de los jesuitas, la mayor parte de las misiones quedaron abandonadas.

4. Cf. Aboites Aguilar (1993).

5. Archivo General de Simancas (Ass), leg. 7027, Informe general elaborado por Félix María Calleja sobre el estado de la Colonia del Nuevo Santander y Nuevo Reino de León, Villa capital de Santander, 25 de julio de 1795. En adelante se citará como Informe de Calleja.

6. Cf. Osante (1995), pp. 41-47.

7. Cf. Osante (1995), pp. 24, 39-40.

8. Cf. Osante (1995), pp. 47-54.

les eran extrañas y de las que obtenían pocas satisfacciones. Por otro lado, los indígenas no estaban dispuestos a establecerse bajo las reglas y condiciones impuestas por los españoles.

A mediados del siglo xvii, con el apoyo de las compañías presidiales, colonos españoles e indígenas procedentes de Durango, Tlaxcala, San Luis Potosí y Zacatecas pudieron establecerse en Monterrey, Nueva Almadén (Monclova) y en Saltillo, y formaron los centros urbanos más importantes del noreste, a pesar de las hostilidades de los indígenas nativos. De estos inmigrantes surgieron empresarios ganaderos y mineros así como algunos hacendados quienes lograron establecerse en los territorios del norte pero a un precio muy alto; por lo general siempre acompañados de soldados presidiales los ganaderos pudieron sacar a flote sus empresas, que requerían de poca mano de obra ya que la abundancia de pastizales y el nulo control sobre la tenencia de la tierra permitía la multiplicación natural de ganado mayor y menor. La mano de obra que requirieron para la explotación de las minas y las haciendas de labor y ganaderas la obtuvieron de los indígenas nativos que apresaban, los cuales eran vendidos como esclavos.⁹ Se elaboraron planes para desarrollar la actividad minera, pero la poca ley de los metales, la rudimentaria tecnología y las distancias, terminaron por desalentar a los empresarios y con ello se limitó de manera considerable el poblamiento de estos territorios. Los empresarios —aun cuando lo intentaron ininidad de veces— no pudieron organizar centros de población más o menos estables ante el peligro de los ataques indios, por lo que desistieron de la

posibilidad de radicar con sus familias en estos lugares.

Ante la imposibilidad de establecer su modelo colonizador durante los siglos xvi y xvii, los españoles concibieron a los territorios del norte como empresas ganaderas y agrícolas, proveedoras de granos, ganado y de sus derivados (cebo, pieles, carne, jabón) de los centros mineros de Zacatecas y San Luis Potosí. De estas formas de producción los colonos comenzaron a desarrollar “sistemas muy variados de explotación de sus recursos humanos y materiales, sin tener que recurrir a la ocupación formal de esas tierras”.¹⁰ En todos estos proyectos los nativos quedaron totalmente marginados a menos que fueran esclavos.

Durante los primeros dos siglos y medio de la presencia hispánica en el noreste se intentaron ininidad de proyectos que tomaban como base las misiones y los presidios para colonizarlo, sin embargo no fructificaron precisamente porque fueron intentos aislados sin un proyecto previo que englobara a todo el territorio, es decir, desde el norte de Zacatecas, San Luis Potosí y Pánuco hasta Coahuila y Texas.

A mediados del siglo xviii, la lucha por la ocupación de los territorios del noreste se incrementó debido al avance de grupos indígenas (apaches, lipanes y comanches) que fueron desplazados por las colonias inglesas. Continuaron su arribo grupos de angloamericanos y franceses que ocuparon terrenos que supuestamente pertenecían a la Corona española. Desde entonces las provincias del norte se convirtieron en el principal receptáculo de los desplazados y en un territorio en disputa. Ante esta situación, el gobierno del virrey Revillagigedo, por recomendación del Marqués de Altamira, decidió enfrentar los problemas que impedían la colonización hispánica. La encomienda se dejó en manos

de José Escandón, un hábil y experimentado militar, quien ya con anterioridad había pacificado la llamada “Sierra Gorda” de Querétaro.

Una de las características del proyecto de Escandón era que su financiamiento provenía tanto de el gobierno virreinal como de empresarios privados. El Virrey Revillagigedo y el Marqués de Altamira en principio le autorizaron 115,700 pesos y más tarde lo fortalecieron dándole 42,250 pesos más. Por su parte los empresarios aportaron el 46%.¹¹ Después de tantos años, gobierno y empresarios se daban a la tarea conjunta con el fin de asegurar estos territorios y de la que ambos saldrían beneficiados. Los empresarios incrementarían sus ganancias y el estado sus ingresos por concepto de impuestos.

Según Calleja, al llamado Seno Mexicano se le había ignorado durante todo este tiempo debido a las características de la Sierra Madre que lo rodeaba y a las “muchas naciones de indios bárbaros que la habitaban”, los cuales constituían una barrera difícil de penetrar; se trataba de un territorio que impedía el libre tránsito desde Texas hasta Tampico. Por eso la labor (de conquista, pacificación y poblamiento) desarrollada por Escandón había sido tan importante.¹²

A partir del proyecto de Escandón, a lo que se le llamaba Seno Mexicano se le denominó Colonia del Nuevo Santander, lo que reflejó el cambio que trajo consigo la desaparición de la vieja práctica de poblamiento apoyada en las misiones y presidios, en su lugar se pensó en un “poblamiento masivo, sus-

tentado en la erección de pueblos españoles”.¹³ Con su proyecto, Escandón trató de modernizar y afianzar las estructuras económicas ya existentes consolidando un gobierno fuerte, refundando poblaciones y facilitándoles a los colonos recursos para su establecimiento. Se trataba de un proyecto económico moderno, productor de materias primas, dotado de un puerto marítimo en Sota la Marina que hiciera más fácil su extracción, lo que redundaría en un incremento comercial y de población.

Según Calleja, durante los primeros años hubo rápidos progresos; para 1750 ya se habían formado 16 villas; cinco años más tarde se habían sumado 8, y la población de todas ascendía a 8,200 personas. A diferencia de los proyectos anteriores en donde las misiones se encontraban alejadas del resto de las poblaciones y presidios, ahora se habían establecido junto a las villas. Para 1755, los indios sumaban 4,300 ubicados en 21 misiones. Por su parte, los misioneros realizaban las funciones de párrocos en cada población. Como se trataba de un proyecto militar y económico, a los territorios se les dio el estatuto de colonia y como tal, se omitió el establecimiento de ayuntamientos y cabildos; el gobierno militar, civil y político se encomendó a un capitán veterano con fuerzas suficientes para la defensa de todas las villas.¹⁴

El nuevo proyecto significó el primer intento de poblamiento masivo y la primera ofensiva general de exterminio para los indígenas que no aceptaran arraigarse en las misiones y reconocieran como su

9. Aboites (1993), p. 154; Osante (1995), pp. 57-61, 66-68, 74-76 y 90.

10. Osante (1995), p. 107.

11. *Ibidem*, pp. 236-239.

12. Ags, leg. 7027, Informe de Calleja.

13. Los pueblos de españoles que se fundaron fueron: la ciudad de Horcasitas, las villas de Aguayo, Altamira, Burgos, Camargo, Escandón, Güemes, Hoyos, Laredo, Llera, Padilla, Revilla, Reynosa, San Fernando,

Santa Bárbara, Santander, Santillana y Soto la Marina, los reales de Borbón y de Infantes, las poblaciones de Dolores y de Palmillas y el lugar de Mier. Osante (1995), pp. 133 y 140.

14. Ags, leg. 7027, Informe de Calleja. Cf. Osante (1995), p. 141, 148.

monarca al rey de España. Para que Escandón pudiera cumplir con sus objetivos, se le otorgaron todo tipo de facultades para "obrar con libertad", como todo un conquistador. Él otorgó a los vecinos y a las tropas grandes y fértiles posesiones de tierra, exentas de toda contribución; mejoró las vías de comunicación entre las villas; estableció el comercio marítimo entre Soto la Marina y Veracruz, lo que permitió un pronto desarrollo de las empresas; fomentó el comercio y el cultivo de granos, y a los indios se les persiguió con tesón hasta que cedieron progresivamente reduciéndolos a misiones. De esta manera la sierra Madre quedó libre de indios guerreros, ya que los que no se sometieron al orden virreinal tuvieron que abandonar los territorios y se refugiaron en la Tamaulipa Oriental.¹⁵ Durante el gobierno de Escandón los nuevos colonos estuvieron protegidos de los ataques de los indios. Los vecinos se sintieron seguros y en vez de exterminarlos se encerraron en sus respectivas poblaciones. Según Calleja, ello significó una paz mal lograda lo que también impidió el progreso de la colonia.¹⁶

El proyecto de Escandón benefició principalmente a los empresarios que habían invertido en el proyecto, pero no sucedió lo mismo con los colonos pobres, con las misiones y con los indígenas que albergaban. Los logros alcanzados se desplomaron cuando el nuevo virrey Marqués de las Amarillas destituyó a Escandón acusado de todo tipo de delitos. Las acusaciones las hicieron personas afectadas en sus intereses, entre los que se encontraban los comerciantes de la ciudad de México quienes presionaron hasta lograr el cierre del puerto de Soto

la Marina porque desde su apertura habían perdido el mercado del noreste el cual les pertenecía por Merced Real. Escandón también se echó encima a los clérigos de San Fernando de México y Guadalupe de Zacatecas, al Obispo de Guadalajara y a "algunos miembros del gobierno"¹⁷ quienes también defendieron sus fueros sobre estas tierras.

Si bien es cierto que el poblamiento de la colonia estaba programado para garantizar las inversiones de los empresarios, la Corona prefirió cancelarlo antes que permitir el incremento de su poder. Y tenía razón: hombres poderosos, aislados y alejados del gobierno virreinal significaban, como ya lo veremos más adelante, un verdadero peligro para el gobierno. Parecía que estos territorios de una forma o de otra estaban perdidos para la Corona.

El gobierno virreinal no previó las consecuencias que acarrearían los cambios en las políticas hacia la colonia del Nuevo Santander, al pretender darle el mismo tratamiento que al resto de las provincias del norte cuando su situación era distinta. Los nuevos visitantes crearon medios cabildos en la ciudad y las villas (un alcalde, un justicia y un escribano); el mando civil quedó separado del militar lo que provocó la dispersión del poder y limitó la persecución en contra de los indios, que para ese entonces los de paz se encontraban recluidos en las misiones y los de guerra se habían replegado en la sierra de Tamaulipa. Llama la atención que, mientras que en las villas de Nueva España los cabildos garantizaban la existencia misma de las poblaciones, en la colonia del Nuevo Santander resultaba totalmente lo contrario porque eran asentamientos nuevos, no consolidados, en los que colonos e indígenas coexistían más por la fuerza de las armas que por voluntad propia.

Conforme se solucionaba el problema de los colonos con los indios locales se presentó uno nuevo

que tampoco fue considerado por el gobierno virreinal; me refiero a la presencia en la provincia de Texas de los apaches y lipanes que venían huyendo de los comanches "sus temibles e irreconciliables enemigos". En 1750 el gobierno virreinal los había admitido de paz con la condición de que se situaran a ocho leguas del presidio de San Saba. Un año después, como no se sentían seguros en ese lugar, el grupo se dividió y unos se situaron entre los ríos de las Nueces y el Norte y, el otro grupo, en mayor número, pasaron a Nueva Vizcaya y Bolsón de Mapimí, y desde entonces se les denominó "mezcaleros", debido a la abundancia de esta planta en la sierra que habitaban.¹⁸

La paz con estos indios duró hasta 1765 cuando todas las "naciones de indios" de mutuo acuerdo decidieron atacar a los asentamientos de españoles, ganados y efectos de cuantas haciendas había en las provincias de Vizcaya, Coahuila, Nuevo León y colonia del Nuevo Santander. El rompimiento de la paz se atribuyó al asesinato de tres indígenas, y los responsables de este hecho fueron los pastores del Marqués de Aguayo "pero era menester que ya estuviesen muy dispuestos, esperando el menor accidente que sirviese de pretexto a una guerra". Este fue el año en que el norte de estas provincias comenzó a sufrir los ataques indios, cada vez peores porque ya poseían armas de fuego, mismas que adquirían por medio del trueque que realizaban con los "luisianos y colonos".¹⁹ También fue el periodo en que los pocos asentamientos que se habían establecido comenzaron a decaer.

2. El proyecto de Calleja

La guerra de 1793 entre la Francia republicana y las monarquías inglesa y española obligó al gobierno a organizar la defensa del virreinato ante la posibi-

lidad de un ataque francés. Al comandante de la provincia de San Luis Potosí, Félix María Calleja, se le encomendó la defensa de Coahuila, Texas, Nuevo Reino de León, colonia del Nuevo Santander y del norte de Veracruz. Calleja pudo comprobar que en las provincias del norte no sólo existía el peligro de los colonos franceses, también se estaba incrementando la presencia de los indígenas guerreros y de los norteamericanos.

A raíz de los informes proporcionados por Calleja, de nueva cuenta el gobierno virreinal se preocupó por la situación de las provincias del norte y se encomendó a este jefe la reorganización del gobierno y la defensa de la colonia del Nuevo Santander. Al igual que Escandón, durante ocho meses recorrió la provincia y presentó un informe detallado de los recursos con los que contaba y que no se explotaban de manera adecuada debido a la desorganización política y económica que imperaba en ella.

Se aseguró que la provincia tenía los recursos necesarios para impulsar su desarrollo: contaba con una ciudad, 25 villas, tres reales de minas, 17 haciendas, 437 ranchos, 8 misiones dependientes de curatos y 4 independientes; en la colonia habitaban 30,405 personas de razón, 1,434 indios cristianos y 2,190 gentiles de ambos sexos y de todas edades. El número de cabezas de ganado sumaban 92,198 yeguas, 37,501 caballos, 28,800 mulas, 8,621 burros, 111,777 cabezas de ganado mayor y 530,711 de pelo y lana, los que sumaban un total de 799,874 cabezas.²⁰

De acuerdo con el informe, la ciudad y villas carecían de una traza urbana, de una plaza pública,

15. AGS, leg. 7027, Informe de Calleja.

16. AGS, leg. 7027, Informe de Calleja.

17. Osante (1995), pp. 266-287.

18. AGS, leg. 7027, Informe de Calleja.

19. *Ibidem*.

20. *Ibidem*.

de una policía, de cárceles, de casas reales, de mesones, fuentes y de obra pública; estaban formadas de xacales de paja y una que otra casa de material. Los reales de minas como Borbón, Infantes y San Nicolás, que se habían trabajado desde hacía mucho tiempo, no habían tenido la suficiente fuerza como para impulsar el desarrollo de la colonia, ya que los metales eran de poca ley, además de ser pobres, mal dirigidas y con un sistema anticuado de extracción.²¹

Según Calleja, uno de los principales problemas para consolidar los centros de población era la costumbre tan arraigada entre los habitantes de moverse de un lugar a otro cada vez que las condiciones les eran adversas. Incluso los recién llegados, que habían adquirido en propiedad haciendas o ranchos al poco tiempo se comportaban como los demás colonos y también abandonaban sus propiedades para tomar posesión de otros terrenos limpios, de excelentes pastos y con abundancia de agua, pero luego estos mismos terrenos quedaban enmontados, inservibles para la cría de ganado y escasísimos de agua debido a que los ganados transportaban de un lugar a otro la:

*"[...] semilla de guisache, que sus dueños no tienen cuidado de arrancar, y de que los mismos ganados y caballada que diariamente se agolpan en gran número sobre los veneros, comprimiendo la tierra con su peso que se hunda al fondo o literalmente a mucha distancia, con lo que en el día solo subsisten los ríos. También favorecen poco a la formación y fomento de los pueblos esta frecuente emigración, para que les embarazaría la casa, muebles, utensilios, e herramientas que tratan de no tener por evitarlo".*²²

21. *Ibidem.*

22. *Ibidem.*

23. *Ibidem.*

Es decir que el establecimiento de centros de población había resultado contraproducente debido a la costumbre de los pobladores de no preocuparse por cuidar y limpiar los terrenos que ocupaban; para ellos era más fácil y barato cambiar de residencia y ocupar nuevos terrenos. Este desorden en la propiedad poco alentaba a que cada vecino cuidara la suya y la costumbre condicionaba y limitaba el arraigo de los pobladores.

La inexistencia de espacios urbanos se reflejaba por ejemplo en la presencia de unos cuantos artesanos y labradores, la ocupación principal de los habitantes se reducía a herrar sus ganados, aun cuando la mayoría de los pueblos contaban con tierras adecuadas para el cultivo de granos, solo algunos realizaban estas tareas porque el consumo de semillas no formaba parte de su alimentación, la cual se reducía a la carne, frutas silvestres y leche. Otras actividades que llevaron a cabo fue la extracción de sal y el rescate de pieles de venado.

El tipo de comercio que tenían los colonos también reflejaba la ausencia de lo urbano; ya que desconocían el valor exacto de las especies que producían, el circulante y numerario era muy limitado, intercambiaban sus productos por los que ellos necesitaban (sobre todo mulas y caballos) a través del trueque.

La inexistencia de los centros urbanos de alguna manera había amoldado el carácter y costumbres de los colonos. Según Calleja eran personas ociosas, disipadas, muy sencillas en su modo de vestir, en su armamento y caballos; su carácter era "pusilánime, caviloso y murmurador con mordacidad, ello a raíz de que la población de esta provincia se formó de los vagos y malhechores de las otras". Que esta mala conducta también se debía a que las misiones no habían adelantado en religión.²³

De acuerdo con el dictamen de Calleja, la primera medida que debía ejecutar el gobierno era la de someter o exterminar a los indios guerreros. Para ello propuso un cambio radical en las políticas desarrolladas con anterioridad, porque según él la paz era duradera solo cuando la guerra había sido vigorosa y se estaba en condiciones de continuarla. También había que enseñar a los indígenas a trabajar en actividades relacionadas con el comercio; para ello fue necesario autorizar a los asentistas de las compañías milicianas el intercambiar los efectos que necesitasen a cambio de "pieles y lenguas de cibolo, de manteca y pieles de oso, de gamuza de venado y berrendo, de caballos mesteños y otros efectos".

Sobre la amenaza extranjera, Calleja descartó la posibilidad de que las "naciones guerreras" interpuestas entre las colonias y los dominios de la corona, representaran un obstáculo para los proyectos de expansión de los angloamericanos, porque éstos se extendían a través de las costas. Otra amenaza para estas provincias la representaban los colonos de las provincias de Kentucky y Cuberland vecinas de la Luisiana que se habían poblado de franceses del Canadá, que habían incrementado su población con los dispersos y expatriados; ellos podrían ampliar sus relaciones con los franceses del Nuevo Orleans y de esta manera facilitar la empresa, no para ocupar territorios, sino para extender hasta estas provincias su comercio.

Por lo anterior, el comisionado aseguraba que el futuro de las provincias del norte estaba en sus propios habitantes, había que ponerlos en estado de defensa por tierra y por mar, había que sacar todo el partido que se pudiera de los 4,500 hombres que sumaban los cuerpos de frontera, primera división colonia y Nuevo Reino "instruyéndoles, armándoles e inspirándoles ideas militares y patrióti-

cas de que necesitan mucho", ya que eran "cobardes por naturaleza y costumbres, y por egoísmo y relajación ignoran que tienen patria, pero todos los hombres son lo que se quiere que sean si se aplican oportunos medios".²⁴

Según Calleja, había que combatir a las distintas naciones de indios más allá de las fronteras, ellas se encargarían de impedir el paso de naciones europeas hacia territorio español. Para ello habría que lograr que estos indios "formasen pueblos, tuviesen siembras y otras industrias a imitación de algunas próximas a Nacodoche y Nachitoché, aun podrán sernos útiles". Es decir, que los centros urbanos eran necesarios no solo para controlar a los indígenas sino también para formar una frontera que impidiera el paso a los angloamericanos. En síntesis, que las provincias jamás podrían desarrollarse si no se hacían respetar de sus tan próximos enemigos.

Después de la pacificación, en el proyecto de Calleja destacaban dos aspectos que, según él, eran vitales para el progreso de las colonias: el comercio marítimo y la formación de un centro urbano que hiciera las funciones de capital de la provincia y de centro comercial.

Por lo que se refiere al primer punto, había que atraer a los comerciantes (asentistas) concesionándoles el suministro de efectos de las compañías volantes dependientes del gobierno, ello abarataría los precios y facilitaría la extracción de efectos. También había que permitir la apertura del puerto marítimo, que con anterioridad había demostrado su efectividad. Con ello se beneficiarían tanto el Nuevo Reino de León como la Colonia del Nuevo Santander porque permitiría la extracción e importación de sus pro-

24. *Ibidem.*

ductos a precios más bajos, ya que reduciría el costo de los fletes o conducción; que aun cuando las dos provincias tenían la capacidad para poner en venta más de 40,000 cabezas de ganado al año, apenas lograba colocar 2,000 y el resto se perdía porque de nada servía que se extrajese carne, pieles, cebos, manteca y jabón ante la imposibilidad de transportarlos hasta los mercados a costos accesibles. En cambio con la apertura de un puerto los productos se podrían colocar en otros lugares con excelentes ganancias. Lo mismo ocurría con la caballada, de 92,198 yeguas de vientre sólo se extraían 7,500 mulas y 1,000 caballos; ello a la poca importancia que los productores daban al mejoramiento de los sistemas de cría y debido en gran parte a la dificultad que tenían para colocarlos en el mercado; la mejor venta de yeguas era de 40 pesos el par, que en la provincia cambiaban por cualquier efecto.²⁵

Calleja aseguraba que los productores de las provincias evitaban tratar con los comerciantes de Veracruz, porque les representaba poca utilidad y les ocasionaba muchos gastos trasladar las 400 leguas por tierra desde la Colonia hasta el puerto. Ellos pretendían abrir el comercio con la isla de Cuba, porque les significaba un precio mayor ya que podrían vender en 60 pesos cada mula. Para los cubanos también representaba un gran ahorro, porque ellos pagaban 100 pesos por una mala mula. Además, a su regreso los barcos traerían azúcar y otros productos para su venta en las provincias lo que implicaría un gran ahorro para los habitantes.

Calleja consideraba que este libre comercio muy poco afectaría a los comerciantes de la ciudad de México porque ellos conducían poquísimos efectos hasta la provincia, y en cambio las dos colonias se

verían beneficiadas ya que los productos se transportarían en pequeñas embarcaciones por los tres ríos navegables. Por el Norte se podría llegar hasta Laredo, distante 100 leguas del mar y a muy poca distancia de las provincias de Texas, Coahuila, Nuevo León y colonia del Nuevo Santander. Según el comisionado, de realizarse este proyecto se convertiría en el "canal de la abundancia población y prosperidad de las cuatro provincias".

Se aseguraba también que la franca habilitación del puerto permitiría en toda la costa la formación de marineros y pescadores, los cuales serían de gran beneficio al comercio, a la marina real y surtirían de pescado y sus derivados aprovechando la excesiva abundancia de sal, cuyos consumos aumentarían igualmente que la renta de este ramo. También se fomentaría la explotación de las diferentes maderas, la peletería de oso, cíbola, castor, venado, y tal vez la pesca de perla tendría estimación. Como se ha podido ver, Calleja pretendía por todos los medios formar cuadros de trabajadores especializados ausentes durante todos estos años y que representaban un elemento importantísimo en la vida urbana.

El comisionado insistía en que todos estos cambios beneficiarían directamente a la Real Hacienda; la renta del tabaco aumentaría al incrementarse su consumo y disminuiría de más de la mitad el costo de sus fletes desde Orizaba-Veracruz y desde allí por mar hasta Tampico o Santander. Del mismo modo se incrementarían las alcabalas de los efectos procedentes por mar desde Veracruz. Con la apertura del puerto en las provincias se multiplicarían "las artes, la industria, la agricultura, la ganadería y por supuesto la población" y se harían navegables los mares, en los que sólo se conocía un pequeño barco del Conde de Sierra Gorda.

Si bien la idea no era nada mala para los colonos del noreste, los comerciantes de la ciudad de

México no se interesaron en él y tampoco permitieron que otros lo hicieran. Esto explica en gran medida el incremento del contrabando fomentado por los mismos colonos.

El proyecto de Calleja también aseguraba que las misiones se beneficiarían grandemente si a los efectos de extracción o introducción por mar se les imponía un ligero impuesto para el pago de sínodos de misiones, cuyos individuos serían tanto más útiles y tanto más fáciles de civilizar cuanto mayor fuese el número y variedad de ocupaciones a que pudiese destinárseles. Calleja pretendía convertir a los indígenas en asalariados.

En el proyecto de desarrollo regional, Calleja decía que el primer centro urbano que había que crear era la capital de la colonia, la cual consideraba como "el corazón de este cuerpo político parcial, en ella deben entrar los productos de todos sus miembros que debe refluir mejorados, a ella deben acudir todos los pueblos con sus esquilmos sobrantes, y en ella deben hallar los efectos que les falten." A falta de una capital, en la provincia resultaba muy difícil que los empleados de la corona tomaran acuerdos y se apoyaran mutuamente para el cumplimiento de las reales órdenes. El gobernador residía en un lugar, el comisario de misiones en otro, los administradores de tabaco y correo en otro y los de alcabalas y salinas en otros dos distintos, todos muy distantes entre sí y ubicados en lugares poco habitables.²⁶

Para dar inicio a la formación de la ciudad capital de la provincia, Calleja aseguraba que en principio había que reunir, en el paraje previamente designado, a todos los funcionarios de la corona, la primera compañía militar y a todos los dependientes de estas oficinas. Según él, ya había encontrado el lugar más adecuado para este propósito. El terreno era:

"[...] firme, elevado y a cubierto de inundaciones doce leguas distante del mar, sobre el río que forma el puerto de Santander. Punto en que las aguas son dulces, y al que a corta distancia llega la marea en la extensión de más de 250 varas con suficiente fondo, terreno llano, pingue y no distante de la sierra de Tamaulipa, de la que por el mismo río podrían conducir piedra y maderas para las fábricas y en el que estaría bien situada la compañía para contener o perseguir a los indios que la habitan. En este podría formarse la mejor de todo el reino y tan buena como las mejores de Europa, si su puerto fuese franco; ella sería el fomento y modelo de todas las demás poblaciones que tanto lo necesitan, se agilizan los asuntos de los respectivos ramos y se evitaría la corrupción y los funcionarios disfrutarían de las ventajas que proporciona la reunión de hombres en vida social con los diferentes auxilios de que ahora carecen, y que entonces sería fácil proporcionárselos".²⁷

Para la fundación de la ciudad había que empezar con la construcción de la iglesia y de las casas reales; los recursos se podrían obtener de la venta de las casas del rey ubicadas en San Carlos, que eran de mala calidad; a éstos se sumaría el producto de la venta de algunos terrenos realengos así como de una pequeña contribución que pagarían las villas, una vez que se abriera el puerto. La primera compañía debía construir su cuartel con el sobrante del fondo de fortificaciones. También se obligaría a que los dependientes de rentas abandonaran sus xacales y se construyeran buenas casas. El asentista de la compañía tendría que hacer lo mismo y cuando el comercio mejorase, no faltaría quien pondría fábricas de añil, lana, algodón y peletería.

25. *Ibidem.*

26. *Ibidem.*

27. *Ibidem.*

Calleja estaba convencido de la necesidad de mejorar las comunicaciones facilitando el tránsito de mercancías. Aseguraba que en la colonia tenían 15 meses sin tabaco por la difícil comunicación. Para él las misiones debían establecerse en los lugares indicados para someter a los indios; con la reubicación y creación de las misiones, además de honrar a Dios y al rey, Calleja pretendía sentar las bases de 17 poblaciones de donde surgirían labradores, pastores y artesanos, con lo que se garantizaría su defensa, cultivo y fomento de su industria.

Para modificar las costumbres y estilo de vida de los habitantes, Calleja creía que la milicia era la mejor alternativa con que se contaba. Con la formación de las 28 compañías de milicias urbanas, cuyo número ascendía a 2,660 plazas, pretendía no solo defender al país, sino introducir entre los habitantes el orden, la civilidad, el arraigo y la sujeción que tanto necesitaban.

Una vez pacificada la provincia, desarrollado su comercio y establecidos los habitantes en centros urbanos, se incrementaría la población y con ella surgiría su principal defensa pues alejaría a los enemigos, y esta población podría extenderse por los inmensos terrenos incultos y feroces, que mediaban hasta Texas, y de allí hasta la Luisiana.

Poco se conocen los resultados globales del plan Calleja, sin embargo, existen elementos que nos permiten asegurar que los colonos recibieron una serie de beneficios. El comandante Calleja tuvo plenos poderes para intervenir en los asuntos militares, de gobierno y económicos de la provincia. Los habitantes no titubearon en incorporarse a las compañías milicianas con el fin de combatir a los indios

guerreros y a los filibusteros angloamericanos y franceses para proteger a las poblaciones. La organización militar dio seguridad a los habitantes y permitió el incremento del comercio de contrabando con lo que se dio un importante desarrollo de la provincia. A la cabeza de estos empresarios-contrabandistas figuraban los hermanos Felipe, Miguel y Florencio Barragán de Río Verde y Valle del Maíz. Desde los años 50 ellos habían combatido a los indios pames. Sobre el primero, Calleja decía lo siguiente: "su edad, vida oscura y excesivos haberes, a los que da una atención mezquina, no son circunstancias favorables para el desempeño de este empleo, pero la reputación que le da su mucho caudal, y la dependencia que de él tiene todo este país [...]"²⁸ lo hacía indispensable para la consolidación del proyecto militar de defensa.

En cambio Calleja no logró consolidar los centros urbanos porque no convenía a los intereses de los grandes empresarios. La sola idea de lo urbano significaba una mayor presencia de las instancias gubernamentales que estarían atentas a sus movimientos; además les obligarían a pagar impuestos y tendrían que suspender sus actividades relacionadas con el contrabando.

Mientras que la mayor parte de los reinos y provincias de la Corona española pasaban por una severa crisis a causa de las guerras europeas y de los propios conflictos internos, las provincias del norte de la Nueva España comenzaron a experimentar una serie de cambios favorables a su desarrollo. Como el virrey de la Nueva España estaba más preocupado por garantizar el envío de recursos a la metrópoli y de mejorar los sistemas de defensa en las costas de Veracruz, las provincias tuvieron mayor libertad para actuar de acuerdo con sus intereses.

3. Las ciudades y el desarrollo regional

Si bien, durante mucho tiempo los habitantes del Nuevo Santander se comportaron de acuerdo con la dinámica impuesta por los indígenas, la de cambiar de residencia cada vez que fuera necesario, a principios del siglo XIX cambiaron de opinión. La guerra civil de 1810 y el régimen constitucional gaditano los obligaría a pensar en una nueva forma de sociedad, la que desde hacía tiempo les quería imponer, pero que no convenía a sus intereses.

La fuerza y el carácter de las ciudades novohispanas fue uno de los aspectos que más destacó desde el sistema de intendencias establecido en 1786. Años después, la Constitución de 1812 reforzaría esta tendencia y pondría a prueba la capacidad de los centros urbanos al otorgar a los más importantes las facultades suficientes para autogobernarse y decidir el futuro de sus respectivos territorios.

Para la demarcación de las intendencias se eligieron las principales ciudades y se les dio el nombre de la que sería su capital. Éstas fueron: México, Puebla, Veracruz, Mérida, Antequera, Valladolid, Santa Fe de Guanajuato, San Luis Potosí, Guadalajara, Zacatecas, Durango y Arispe.²⁹ En cambio las provincias: las Californias, Colotlán, Coahuila, Texas, Nuevo Reino de León y Nuevo Santander, como no reunían los requisitos para constituirse en intendencias por carecer de centros urbanos importantes, quedaron como gobiernos dependientes, bien fuera de las intendencias más cercanas o del propio virrey. Quizá la Colonia del Nuevo Santander constituye el ejemplo más claro sobre la ausencia de un centro urbano rector que articulara a los distintos elementos políticos, económicos y sociales y que en un momento dado podría reclamar ese derecho. El sistema de intendencias sentó las bases de la di-

visión administrativa más importantes de la era moderna porque reforzó las estructuras internas de las regiones, logrando con ello un mayor desarrollo de las mismas.

La importancia de los centros urbanos en Nueva España se expresó una vez más a partir del establecimiento de la Constitución Política de 1812, que por medio de las diputaciones provinciales, daba cabida a las expresiones autonomistas de los distintos grupos regionales. En la mayoría de las peticiones se apelaba a la condición de ciudad plenamente constituida para tener el derecho de contar con una diputación provincial. La Constitución en principio estableció cinco diputaciones con sede en la ciudad de México, Mérida, Guadalajara, Monterrey y Durango y más tarde se creó la de San Luis Potosí. Luego, por la presión de las élites regionales radicadas en los centros urbanos y con el apoyo de sus diputados provinciales, se logró que se extendiera este derecho a otros centros urbanos. Entre los años de 1820 y 1821, sólo se autorizaron la de Ciudad Real y Arispe; en cambio, los dos años siguientes y previos al establecimiento de la Constitución Política de la República Mexicana, se permitió la creación de diputaciones en las ciudades de Guanajuato, Valladolid, Santa Fe, Aguayo, Oaxaca, Puebla, San Juan Bautista, Tlaxcala, Veracruz y Zacatecas, y en la última etapa a Chihuahua, a Saltillo, a Querétaro, a Culiacán, a Ures en vez de Arispe y a San Antonio de Béjar.³⁰

Como ya se mencionó con anterioridad, la guerra civil de 1810 y el establecimiento de la Constitución de 1812 fueron dos procesos que persuadieron a los habitantes del Nuevo Santander a pensar en la orga-

28. AGN, Guerra Moderna, leg. 7036.

29. Real Ordenanza (1984), pp. 2-3.

30. Cf. Benson (1994) y Alessio Robles (1994).

nización de un centro urbano fuerte, que fuera la sede de los poderes de la Colonia y que les permitiera manejar a su antojo los destinos del territorio. Como es bien sabido, la guerra civil acabó con las estructuras políticas y de gobierno existentes y en algunos lugares, como las provincias Internas de Oriente, se establecieron juntas gubernativas de provincia.

El 11 de abril de 1811 se creó la Junta Gubernativa de Provincia con sede en la ciudad de Monterrey para el gobierno de las cuatro provincias (Coahuila, Texas, Nuevo Reino de León y Nuevo Santander). Según Nettie Lee Benson, en cierta forma esta Junta hacía las funciones de una diputación provincial, es decir, tenía a su cargo todos los asuntos de gobierno, guerra, policía y hacienda de las cuatro provincias. Por otro lado, en las Cortes Españolas, Miguel Ramos Arizpe puso a debate la situación de las Provincias Internas y convenció a los asistentes para que los territorios del norte fueran divididos en dos diputaciones: una para las Provincias Internas de Oriente con sede en Saltillo y la otra para las Provincias Internas de Occidente con sede en Durango. Como en Monterrey ya funcionaba el gobierno provisional, la Diputación se estableció en este lugar y no en Saltillo, como lo había propuesto Ramos Arizpe.³¹ El 16 de abril de 1814, éste personaje convenció a las Cortes para que se obligara a la Diputación a cambiar de residencia pero no se hizo caso y continuó sesionando en Monterrey.³² Desde entonces Saltillo y Monterrey, principales centros urbanos del noreste, se disputarían el derecho de convertirse en la sede

del gobierno, lo que implicaba el control político y económico de las cuatro provincias. Para favorecer a Saltillo, Ramos Arizpe también había logrado el establecimiento de una Audiencia en esta villa, pero la disolución del régimen constitucional pospuso esta disputa hasta 1820 en que se restableció dicho régimen. A partir de entonces, Monterrey, para reivindicar sus derechos, contó con el apoyo de otro de los grandes pensadores de su época: Manuel Mier y Terán.³³ La controversia terminaría con la separación de ambas provincias y tanto Saltillo como Monterrey se convertirían en las capitales de las mismas.

En lo referente a San Antonio de Béjar, aun cuando pudo organizar su diputación provincial, no pudo formar su propio gobierno y quedó bajo la jurisdicción de Saltillo. No sucedió lo mismo con Nuevo Santander donde sus cabildos no apelaron a su condición urbana como lo hicieron la mayor parte de las ciudades y villas para acreditar su derecho y convertirse en la sede de los poderes, simplemente iniciaron su proceso autonomista aprovechando la coyuntura que le daba la disputa entre Saltillo y Monterrey. En algún momento esta última cuestionó la legitimidad de la diputación del Nuevo Santander, pero ya era demasiado tarde.

El proceso autonomista en el Nuevo Santander se inició el 7 de julio de 1821, cuando el cabildo de Aguayo formara una Junta Gubernativa para la colonia ahora constituida en provincia. Un año después, el Congreso General legitimó la iniciativa de la élite santanderina al permitir el establecimiento de una diputación provincial independiente de Coahuila y Nuevo León. Ante la inexistencia de un centro urbano con la fuerza necesaria para encabezar un movimiento unificador, desde el establecimiento de la Junta, los distintos grupos políticos comenzaron a presionar para favorecer a su villa. Entre éstos destacaron los de Aguayo, de Soto la Marina y de San Carlos, los que

en algún momento de su historia habían sido sede del gobierno militar. Como ninguno de los tres grupos se ponía de acuerdo, se optó por establecer el Congreso Constituyente en la villa de Padilla.

Por lo anterior, se podría asegurar que la necesidad de formar un centro urbano obedeció más a una necesidad política para imponerse sobre las demás poblaciones y no porque su propio desarrollo lo hubiese fomentado, como ocurrió en la mayor parte de los centros urbanos de la Nueva España. De hecho, durante la primera mitad del siglo XIX, a pesar de contar con un Congreso, con un puerto y con un crecimiento económico y demográfico, en el Nuevo Santander o Tamaulipas, los centros urbanos seguían siendo artificiales.

La formación del estado de Tamaulipas no terminó con los conflictos entre los diferentes grupos de poder para conseguir la sede del gobierno. Los distintos procesos electorales que se realizaron y el cambio constante del lugar de residencia de los poderes del estado evidenciaban esta realidad. Parecía que el destino de los gobiernos se apegaba a la vieja tradición de los pobladores: el de cambiar de residencia cuantas veces fuera necesario.

Bibliografía

- AGS, Archivo General de Simancas.
- ABOITES, Aguilar, L., "Poblamiento y colonización en el norte", en *El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica*, tomo II, México, Secretaría de Gobernación-CONAPO, 1993, pp. 152-169.
- BENSON, Nettie, Lee, *La diputación provincial y el federalismo en México*, México, El Colegio de México-UNAM, 1994.
- FARRISS, M. Nancy, *La Corona y el clero en el México colonial, 1579-1821. La crisis del privilegio eclesiástico*, México, FCE, 1995.
- GARCÍA, Castro, René, "Patrones de poblamiento en la Nueva España", en *El poblamiento de México. Una visión histórico-*

demográfica, tomo II, México, Secretaría de Gobernación-CONAPO, 1993, pp. 132-151.

GARCÍA, Martínez, Bernardo, "Introducción", en *El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica*, tomo II, México, Secretaría de Gobernación-CONAPO, 1993, pp. 9-17.

———, "Ideas y leyes sobre el poblamiento en el México colonial: la acción del gobierno", en *El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica*, tomo II, México, Secretaría de Gobernación-CONAPO, 1993, pp. 170-186.

LANDAVAZO, Arias, Marco Antonio, "La población urbana en el noroeste de México. Los años formativos (1768-1880)", Tesis de maestría en Estudios Regionales, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1995.

OSANTE Y CARRERA, Patricia, *La expansión territorial en el noreste de la Nueva España. La fundación del Nuevo Santander (1748-1772)*, Tesis de doctorado, UNAM, 1995.

RAMOS, Arizpe, Manuel, *Discursos, memorias e informes*, con introducción y notas a cargo de Vito Alessio Robles, México, UNAM, 1994.

Real Ordenanza para el establecimiento e instrucción de intendentes de ejército y provincia en el reino de la Nueva España, 1786, introducción a cargo de Ricardo Rees Jones. México, UNAM, 1984.

REES, Jones, Ricardo, *El despotismo ilustrado y los intendentes de la Nueva España*, México, UNAM, 1983.

RIEU-MILLAN, Marie Laure, *Los diputados americanos en las Cortes de Cádiz*, España, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Colección Biblioteca de Historia de América número 3), 1990.

ZORRILLA, Juan Fidel, Miró Flaquer, Maribel y Herrera Pérez, Octavio, *Tamaulipas. Una historia compartida I*, México, Instituto Mora, 1993.

31. Benson (1994), pp. 27-28; Cf. Alessio Robles (1994); Rees Jones (1983), p. 114; Zorrilla (1993), pp. 86-91; Rieu-Millan (1990), pp. 237-239.

32. Benson (1994), p. 38.

33. Alessio Robles (1994), XLIV-XLV.

BOW



Edizione
O ALCALA

Arzo
XXX